

macrado las huellas precursoras del momento terrible. Pero la parca no venía. Dijérase que la inspiraba compasión aquella carita lívida, de pómulos salientes; aquellos ojos, antaño de una expresión tan tierna, animados por chispa fugaz que prestaba débil fulgor al azul de las pupilas; aquellos rizos encrespados que resaltaban de la blancura de las sábanas como mechones de oro; aquellas manecitas, en otro tiempo laboriosas y fuertes, y ahora descarnadas, transparentes. Suspiraba Estéfana al mirarla. ¡Ay, Dios Santo, qué infames eran la fiebre y el tiempo, que cambiaran de tal suerte á su niña!

El médico venía todas las mañanas, á las diez. Se inclinaba sobre el lecho, con dulce sonrisa que hacía amable su recia barba; observaba la respiración, anhelosa á ratos, en ocasiones débil; auscultaba poniendo su oreja sobre el pecho virginal, escuchando los latidos del corazón; luego, tomaba el pulso... A excepción del primer día, su rostro jamás dejó adivinar las emociones. Seco, impenetrable, escribía hoja tras hoja en el *carnet*, dictando órdenes, cual enemigo valeroso de la tumba. No dió esperanzas ni deshaució. Y las dos mujeres, acostumbradas á su reserva y discreción, no volvieron á

importunarle con preguntas ni mal contenidos deseos de saber. Al cabo, una mañana Antofita abrió los ojos más sosogada que de ordinario, y pronunció algunas palabras. Doña Pepa y Estéfana se regocijaron, experimentando intensa alegría, por la convicción de que la moza estaba curada.

¡Cómo no jurarlo, si su aspecto acusaba salud! Sus ojos no tenían aquel desmayado fulgor de semanas atrás: parecían más tranquilos, bañados en la mirada serena, en la dulzura inefable que posee á los convalecientes.

El viejo doctor sonrió también al entrar, dando de mano á la habitual austeridad. Mas su sonrisa no era de pascuas ni cosa que se le parezca. Alarmada la cocinera, que nunca dejó de ser ducha en achaques fisonómicos, miróle con ansiedad.

—¿No está curada, señor?

Don Buenaventura López movió la cabeza.

—No es tan fácil como se cree, buena mujer...

Entonces doña Pepa, en cuyo corazón la alegría de poco antes fuera substituída por extrema congoja, terció en el palique de la sirvienta. El médico hubo de confesar que

la muchacha estaba salvada de intensa fiebre cerebral; pero que sus temores no alcanzaban tan sólo á eso: las complicaciones que barruntara al principio, comenzaban á desarrollarse. Y al decir esto, volvía la barbuda faz con inquietud, fijándose en el matiz azulado que cubría los labios de la chica, en la hinchazón que empezaba á deformar el rostro consumido, en el leve sofocamiento que imprimía desasociado al cuerpo.

No añadió palabra. En sus adentros, no pecaban de infundadas sus sospechas; juraría que aquella pobre muchacha era víctima de un mal hereditario del corazón, que, á juzgar por los síntomas, era insuficiencia mitral. Pero lo que á él le metía miedo no era la enfermedad misma; que su larga práctica profesional le había enseñado que la juventud, avasalladora y potente, triunfa muy á menudo de la muerte: suponía que un mal de esa índole, no sería combatido con buen éxito en un organismo de por sí enclenque y debilitado á fuerza de dura y penosa faena.

Comenzaba noviembre. De los árboles caían las hojas, y el seco perfil de los ramares recortaba en una línea irregular y sinuosa el espacio nublado. Ofrecíase el otoño más paliducho y enfermo que sus anteceso-

res. Fina lluvia empapaba con frecuencia el asfalto de las calles, encharcándolas. Los muros mojados hacían experimentar, al verlos, una sensación helada.—Estéfana se estremecía, calada hasta los huesos, cuando salía al mercado en busca de las provisiones indispensables para el sustento de la familia, y pensaba con tristeza en que tiempo semejante no era propicio para el alivio de la enfermita, que, libre ya de la fiebre, permanecía arrebujada entre las sábanas, muy pálida y muy débil.

El doctor López era de la misma opinión. Antoñita necesitaba de mucho sol, de tibio ambiente, de luz clara y diáfana, para escapar del mal que ahora se agravaba. Aquella enfermedad del corazón que él presintió, hizo presa de la muchacha, resistiendo tenaz á los humanos esfuerzos, avanzando lenta y paulatinamente. Sí, imponíase un cambio de aires; lo reclamaba él, con su autoridad de médico que sabe lo que trae entre manos.—Doña Pepa, al oírle, lloró y rezó mucho; no conocía ella otro remedio, para los trances difíciles, que la oración y las lágrimas. Estéfana, en cambio, se devanó el magín, sin dar en los medios que tornaran efectivo el proyectado viaje. Mermados andaban los recur-

sos de la familia: hacía la pobre vieja prodigios de economía para atender al sostenimiento de ella, acudiendo á Madame Bernard para comprar las medicinas, y visitando de vez en vez empeños y montepíos, á fin de adquirir los dineros precisos. Pero ya la dama francesa, cuya bondad y cariño hacía Antofñita eran puramente comerciales, se iba cansando de abrir el bolsillo; y el comedor, la recámara de doña Pepa y la cocina, despoblábanse de vasijas, utensilios y miriñaques, ofreciendo á los ojos ávidos de la criada sus paredes desnudas, sus muebles desprovistos de adornos, su vacío angustioso.

Todo expediente hubo de agotarse: economías, muebles, valimientos, todo se evaporaba como si la postración de la moeita rubia, fuese la muerte del hogar, antes dicho.

Desechó Estéfana el tal viaje. ¿A dónde ir, sin dinero, sin protectores que se doliesen de la vida casi extinta de la modistilla olvidada y oscura? Bastante afortunada sería si lograrse sostener la actual situación, aguzando la maña y el ingenio. Pero aquella empeoraba: el casero reclamó el alquiler de la vivienda, y sólo á costa de súplicas sin cuento y de la ostentación franca de la miseria

allí reinante, consintió en aplazar el pago. El tendero, el carbonero, el panadero, la gruesa dueña de la carnicería, toda aquella gente que en días de bonanza hiciera alarde de simpatía y desprendimiento, negábase á fiar en lo sucesivo, olfateando la ruina de los Fernández, que en buena parte desquiciaría sus intereses, á causa de la deuda ya entonces crecida á que montaban anteriores cuentas.

Un lunes por la mañana encontróse Estéfana con los bolsillos vacíos, perdido el crédito, desierto el comedor de quincalla y objetos que pudieran empeñarse, y exhausto el meollo de ideas salvadoras. ¿Qué hacer? Imposible parecía negar el pan á la madre inútil y á la hija enferma. Tentada se vió de entrar á saco en la sala y hasta en la misma recámara de Antofñita. Pero su entereza vaciló, desmenuzándose, desapareciendo como por ensalmo al asentar las pecadoras plantas en el cuarto sombrío y triste donde se oían los débiles quejidos de la moza, y columbrar la salita mustia, apenas iluminada por los albores matinales, semejante á nido abandonado. Volvió sobre sus pasos, como si los recuerdos, reviviendo, la echaran de allí.

En la cocina quedóse atontada, no sabiendo qué hacer, ignorando el desenlace de aquel drama vulgar y tético que la oprimía.—Ni siquiera le pasó por la imaginación recurrir á Alberto. El mocetón, con sus veintiocho años y todo, encenagado en la crápula, casi nunca aparecía por aquellos andurriales, insensible á la deshonra de su hermana y á la gravedad de Antoñita. Rodando en el lodo, vejando en el empleillo que por milagro retenía, habíase identificado con el vicio, sin preocuparse de nada ni por nadie. Era en la paterna casa una sombra, un perfil borroso en el cual nadie reparaba.

De pie, en mitad del ahumado cuartucho, los brazos cruzados, la angulosa cabeza inclinada, meditabunda, la cocinera reflexionaba. Bonifacio maullaba en un rincón, con los amarillentos ojos fijos en ella. El fogón, apagado, frío, infundía en su ánimo infinita sensación de tristeza. Afuera, bajo el cielo risueño de la mañana, acrecentábase el tragameo, envolviendo al hogar sin lumbre en rachas de vida intensa. Estéfana suspiró. Sus pupilas, apagadas por los años, discurrieron en torno, buscando, escudriñando. ¡Nada! Y era noble la actitud de su semblante, encuadrado por la alborotada cabelle-

ra entrecana, casi blanca. De pronto, clavó la mirada, hasta aquel momento errabunda, en el baúl viejísimo que yacía enfrente, junto á la pared. Era un mueble de rara y arcaica apariencia, cuadrilongo, anchote, deforme, forrada de pergamino su madera, claveteados sus bordes, combada la tapa. Oía á humedad, á cachivache desdeñado: la luz, al bañarle, adquiría una tonalidad vaga, lívida.

Fijáronse sus ojos en él, y quedó como petrificada. Inmóvil, veía aquel arcón, dormido allí de años atrás, que encerraba su pobre fortuna, aquel tesoro tan decantado, montón de monedas reunidas á fuerza de sudor y de trabajo, último despojo que la restaba, esperanza halagadora de su vejez, futuro sostén de sus días postreros, amasado con fatigas y con lágrimas. Allí estaban los pesos reunidos centavo por centavo, las pesetas escatimadas al vestido y al estómago, los décimos relucientes, producto de un pequeño servicio, propinas caídas como del cielo en venturosos momentos. Ella nunca pensaba en él, alimentando la esperanza de abrirlo de continuo en un tiempo no distante, cuando sus brazos, carentes de energía, fueran inútiles para el trabajo, y sus cabellos blanqueasen

más, y sus ojos se obscurecieran. Nunca pensaba en él, no: negábase el pedazo de pan, la blusa de percal, los zapatos nuevos, antes que introducir la seca mano en las profundidades inexploradas, comidas por la polilla. Era avara, con la avaricia de las criadas viejas, con la terquedad antigua, que movía á la acumulación improductiva del ahorro. Las leyendas que corrían acerca de su tesoro, rodeábanla de prestigio: un respeto sumiso, cariñoso, aún de las mujeres de su edad, la acariciaba, produciéndola suave cosquilleo de vanidad. Antoñita, cuando estaba de broma, la tendía una moneda, diciéndola: «Toma, para tu «guardado.» Y aquel capitalito creado mediante ímprobos y pacientes esfuerzos, era su orgullo, su presea, su única gloria, en su ya larga existencia de sirvienta cansada.

Aturdida por la invasión de sus propios pensamientos, conturbada por el torbellino de ideas que á su cerebro afluía, mesábase los cabellos, no acertando á definir su conducta en trance de tal suerte difícil. Al principio, sólo el pensar que la fortunita abandonaría su antigua morada, la espantó: se agarraba á ella como el soldado á su fusil en los instantes supremos de la derrota.—Pero

¿dejaría morir á la inocente no más que por marrullería y tacañez insensatas?; ó,—y esto era lo que la angustiaba, empapando sus sienés de frío sudor,—¿echaría camino del monte de piedad la máquina, la lamparilla azul, la alfombra rameada, los adornos del tocador y de las mesas, aquel conjunto de cosas amadas por Antoñita? ¡No, nunca! Qué doloroso sería el gesto que la niña pusiera cuando, libre ya del mal, tornase á su dulce vida de otros años, á la sala riente, único abrigo de sus ilusiones, y la hallara vacía, desierta...

Y se imaginaba la triste mirada de reproche que brotaría de los ojos azules...

Como no poseía la más insignificante corteza de cultura, su espíritu se inclinaba á materializar los afectos, creyendo que la dicha residía en el exterior, en los objetos esparcidos en torno, y no en los adentros del individuo.

Entonces, justamente, la visión del tesoro se ofrecía á sus ojos como lo único capaz de sacarla avante. A la señorita se lo debía todo. Ella había sido su hada buena, su ángel, la que la compadecía y amaba. ¿A quién, si no á ella, á su ama, pertenecían aquellos dineros olorosos á herrumbe? Cier-

to que los ganó con el sudor de su frente; pero, ¿no es por ventura natural y justo dar lo que se tiene al que de ello ha menester, sobre todo, cuando de gente como la modista se trataba?

Fruncido el entrecejo, los labios trémulos, inmóvil, todavía vaciló. Era bien entrada la mañana. El sol metíase á chorros por el ventanuco, yendo á revolcar su cabellera en la ceniza azulada del fogón exhausto de lumbré; el gato mallaba, poniendo una carita de hambre, y el ruido del patio hacía confuso.—Tembloroso, ahogado por la distancia, la cocinera escuchó un lamento; sintió que su cuerpo se estremecía, y que fuerza incontrarrestable pulverizaba sus cavilaciones y avaricias, empujándola hacia el arcón. Y al mamotreto se dirigió en seguida, no con murria ni desgano, sino con alborozo intensísimo, como si la voz del dolor que había percibido la moviese á regocijo.

La carcomida tapa chirrió con sus enmohecidos goznes; ante la mirada de Estéfana presentóse el interior del mueble, revuelto, mal oliente, que albergaba confuso montón de cosas inútiles. Allí se hallaban, recogidos del suelo, vasos desfondados, pedazos de espejo, cintas, listones, desdentados peines,

y hasta cacharros sucios de hollín. La criada revolvía pacientemente, evocando las memoranzas que á su cerebro traían aquellos guñapos y despojos; complaciéndose en pasar por ellos su mano largucha, ávida del contacto, á la luz del día, de aquellos cachivaches que manoseaba en la obscuridad de las noches. De pronto, se detuvo: apareció en un rincón un zapatito plagado de roturas y remiendos. Lo cogió, examinándolo con mirada cariciosa. Era de Antoñita cuando tenía seis años. Lo había sacado del cesto de la basura, guardándolo como reliquia. Dentro de él veíase una cajita de cartón que escondía un rizo rubio. Contemp'ó largo rato aquellos desperdicios que no cambiaría por su fortuna misma; y lanzada ya á su propósito final, asió el rojo y anudado pañuelo que junto á ellos estaba, y extrajo un duro reluciente, nuevecito, que brilló á la luz con argentados fulgores.

¡Ah! Pero si á costa de sacrificios pudiera cambiarse el curso de los días, borrar del cristal de la dicha las manchas, transformar los cielos nublados en girones de azul, y el pan amargo en manjar sabroso...

Antoñita estuvo al borde mismo del sepulcro. ¡Cuán lóbregas fueron las horas pasa-

das junto al lecho, en el ambiente saturado de olores de medicinas y bebedizos extraños! El doctor López desesperaba ya de dar salud al cuerpecito exangüe, de volver el color de la vida á la carita pálida. Doña Pepa lloró y rezó mucho; el recuerdo de la chiquilla borróse casi en la morada que el padre Morales, envuelto en su negra capa, visitó alguna vez, moviendo la tonsurada cabeza al percatarse del estado de la joven. Deforme, con el rostro lívido, abotagado, las manos inertes sobre el pecho, los labios de una coloración azulosa, yacía en la cama, sofocada, experimentando frecuentes vértigos que la daban la apariencia de la muerte. Por las habitaciones iban y venían la criada y no pocas vecinas entrometidas, que se colaban allí más bien por ansia de curioso que por caritativos sentimientos. En el patio corrían rumores disparatados: hablábase vagamente de un homicidio, de una detestable curación. El doctor López era la comidilla de la casa; y mozos y mozas le miraban ir, enfundado en su levita negra y un tanto verdiosa, con ojos escrutadores. Ya la fuga de Lena era asunto trasnochado, y como Eugenio Linares no había vuelto al cuarto, nadie osó, en adelante, ocuparse de tales cosas.

La crisis final, sin embargo, no llegó; antes por el contrario, acentuóse súbita mejoría, que volvió la esperanza á los ánimos y las vecinas á sus moradas. Doña Pepa sentóse de nuevo á los pies del lecho, engolfándose en sus eternos rosarios y nunca terminadas novenas, y Estéfana hubo de enfrascarse en sus diarias labores, acariciando la ilusión de un alivio milagroso, no obstante la cara desconfiada del médico, que nada decía, limitándose á recomendar mucha regularidad en las curaciones, y sobre todo, mucho sosiego, un silencio de claustro.

Por eso Estéfana, en aquella mañana de invierno, de codos en el límite de la azotea, miraba amenazadora á la gentuza de abajo, agitando la escoba sobre las flacas ancas, como si quisiera pegarla. Y las campanas continuaban vibrando con son melodioso y triste, que poblaba el ambiente de armonías que se fundían en el susurro travieso, oriente, de la ciudad despierta y congelada de frío. Refulgían las cúpulas, heridas por el sol; por entre la neblina vaporosa, hecha girones al cabo, asomaba el disco amarillento; en el fondo, á la puerta de las viviendas, resonaban las jarras de hojalata de los lecheros, contra los litros metálicos en los cuales me-

dían el líquido blanco y espumoso. —Fastidiada al fin, viendo que sus gestos feroces pasaban inadvertidos, iba á retirarse ya, cuando percibió la rechoncha humanidad de don Buenaventura López, que atravesaba el patio lentamente.

Aquel día la casa estuvo de fiesta. Había declarado el médico que Antoñita entraba en un período de alivio, y que si bien es cierto que la salud no aparecería desde luego, no lo era menos que la enferma necesitaba de otra índole de vida, de un poquitín de alegría que disipara de su mente las abrumadoras sombras acumuladas por la enfermedad. Y hubo de ser tan grande el regocijo que enloqueció á las dos mujeres, que no repararon en el gesto de don Buenaventura, gesto inquieto, que antes reflejaba en él la tristeza del impotente, que la vanagloria del vencedor.

Desde entonces pareció establecerse en la vivienda una calma dulce, reparadora; un reposo que se dijera devolvía las perdidas fuerzas á aquellos tres seres, dos de ellos viejos, joven el otro, aunque más próximo al ocaso de la existencia. En la cocina, las rojas brasas comenzaban á crepitar en el fogón, con crepitar alegre, que se entró por

los poros del alma de la maritornes; afuera, los canarios gorjearon en sus jaulas, cual si predijeran la vida nueva; y hasta en los rosales, ya mustios por el invierno, Estéfana encontró una rosa apenas marchita en los finos bordes de los pétalos, que corrió á ofrecer á la muchacha.

Noviembre tenía palideces de enfermo. La vaga tonalidad azul de su cielo, la melancólica alegría de sus mañanas, el caer voluptuoso de sus tardes, cuando el espacio se coloreaba de tenues irisaciones, de tintes suaves, infiltraba en el alma de Antoñita la tristeza. La moza, al resucitar, abandonando el lecho que ocupó durante meses, no experimentó el dolor de sus desdichas pasadas. En su temperamento nervioso, afinado por el mal, persistía nada más que una sensación leve, como si las desventuras fuesen por ella vistas á través de sutil velo. En su rostro desencajado y amarillento; en sus dulces ojos impregnados de languidez; en sus labios delgados, blanquecinos, de donde nunca más brotó la risa, advertíase una tristeza resignada, apacible, sin desesperaciones ni arranques. Inmóvil en el sillón, recostada sobre cojines blanquísimos, pasó los primeros días en su recámara. A la una, cuando ella que-

daba sola mientras que su madre y la criada comían, el sol penetraba por la ventana, jugueteando en el suelo; acercándose poco á poco, acariciando primero los pies breves, luego los cobertores en que estaba envuelta, y al fin las manecitas niveas, transparentes. Era el viejo y bueno amigo de otros tiempos: el que iluminaba la salita cuando cosía; el que trazaba arabescos en la alfombra durante la siesta; el que á la hora del crepúsculo ascendía al techo, derramando aureo polvillo de luz, y se fundía después en las sombras con blando parpadeo que semejaba la sonrisa del que se va. . . . Era el viejo y bueno amigo; el compañero inseparable de sus días, el testigo de sus amores, de sus placeres y de sus penas. Ella le quería con cariño tierno, infantil. ¡Le había visto tantas veces! ¡Había contemplado en tantas ocasiones su faz roja, asomando entre las nubecillas de la mañana; había suspirado tan hondo, al mirarle, agonizante, paliducho, recostándose en los horizontos lejanos!

¡Ah! El sol. . . .

Se deslizaba lentamente, conquistándola palmo á palmo, imprimiendo su beso cariñoso en las manos y en los brazos. Ella le observaba con fijeza de niño no habi-

tuado aún á la luz. En su cerebro, ofuscado por la pasada fiebre, los recuerdos iban des-tacándose, indecisos al principio, apenas insinuados; luego distintos, como si les bañara aquella misma claridad. Y desfilaban por su mente, en caravana interminable, haciéndola permanecer extática, con los ojos muy abiertos. Suspiraba, pasándose las manos por la frente. Y muchas veces, mirando al sol, los ojos se le llenaron de lágrimas.

¿Qué había sido su vida hasta entonces, si no el eterno sacrificio en favor de los otros, la abnegación llevada hasta el martirio? Niña aún, luchó valerosa por arrancar á los suyos de las garras de la miseria que asomaba siniestra por encima del ataúd de su padre. Atrevida, en medio de la indiferencia que reinara en su casa, lanzóse al combate de la vida, dando el pan á aquellos seres enfermos. La aguja fué para ella lo que el tocador para las mozas sus iguales. A lo más, robó á sus noches de velada un instante: el consagrado al novio. En su juventud, ahora moribunda, Linares hubo de ser la única flor que aspirase con delicia, el único encanto.

Y miraba con desconuelo las ruinas que yacían á su alrededor: su madre, perdida pa-

ra el hogar, vagando como sonámbula bajo las naves invadidas por la penumbra y el aroma del incienso; Alberto, enfangado, olvidándose de los libros, pobre ilota del vicio; y Lena, la chiquilla que adorase con amor apacible, la última esperanza de dicha, entregándose al hombre en que la infeliz creyó, al que era, en su existencia dolorosa, algo así como el rayo de luz que sonríe en la sombra.

Lloraba á solas, allá en el silencio de la recámara, pretendiendo ocultar sus lágrimas para no afligir á los otros. Y eran un consuelo la caricia tibia del sol, y el gorjeo de los canarios, que saltaban de un lado á otro de la jaula.

Nunca sorprendió doña Pepa tales lloriqueos. Su hija sonreía al escuchar las preguntas inquietas, jurando que nada tenía, que muy pronto la salud sería misericordiosa, volviendo á ella, y que entonces reanudaríase el reposo de antes. Alimentaba firmísimas ilusiones. Laboraría con acierto, convirtiéndose en la primera oficiala de Madame Bernard. ¡Ah! no estaba bien que la madrecita se entristeciera. ¿Por qué, si ella, la mayor, se encontraba en la primavera de la edad, ansiosa de triunfos? Pondrían la sa-

lita más mona que nunca; alhajarían el comedor ricamente; una virgen de marfil erigiríase en el buró, y hasta el P. Morales recibiría cantidades de mayor cuantía.

Hablaba despacio, con la sonrisa en los labios, ensoñando en esperanzas cuando ninguna tenía; disertando sobre la felicidad, cuando la más negra de las tristezas la ahogaba.

Sin embargo, un día el dolor superó á sus fuerzas, y el llanto desbordóse de sus pupilas, deslizándose sobre las mejillas marchitas. La sonrisa que en aquel momento iluminaba su boca, adquirió un tinte lúgubre que espantaba á la vieja.

Y lloró, lloró largo rato, en brazos de doña Pepa, en tanto que los canarios canturreaban y el sol despedía chispas á través de los cristales. Conmovida la buena señora, hubo al fin de imitarla; y sus labios murmuraron una frase, henchida de profundo egoísmo:

—¡Hija mía de mi alma, no llores!... Puedes agravar tu mal, y entonces, ¿qué sería de tu madre sin tí?

Antoñita alzó el rostro; en sus ojos lucía una mirada de compasión.

—No, mamá, no te dejaré... Tú eres lo único que me queda...

Y no lloró en adelante.

Días después, á instancias de la enferma, doña Pepa salió breves instantes, por las tardes, con el propósito de distraer el contristado ánimo. Estéfana era en tales horas la compañera solícita y cariñosa de la muchacha. Remendaba sus raídas enaguas á los pies de ella, sentada en el suelo. La conversación era bien pobre: nada tenían que decirse. Pensaba la moza, con los ojos perdidos en el vacío: cosa la doméstica.

Aquella tarde, Antoñita habíase mostrado meditabunda; dijérase que aguzada idea se clavaba en su magín, abstrayéndola. Apenas respondió á las frases de la criada, que entraba. Inmóvil, recostada en el sillón, entreabría los párpados de vez en cuando, bañada en luz gris.

—Niña, —gruñó Estéfana, —¿por qué estás tan tristonera hoy? Si casi no me has dicho una palabra....

Abrió los ojos, y de súbito, como si el traidor pensamiento que la poseía no pudiese permanecer ya en la estrecha cavidad del cerebro, preguntó:

—Oye, Estéfana, ¿dónde está Lena?....
La vieja hubo de mirarla, estupefacta.

—Anda, no seas mala, dime.... ¿dónde está Lena?

Nada respondió la cocinera: aturdida, se puso en pie; arrodillóse luego, y abrazó á su ama, diciéndola al oído:

—¿Para qué quieres saberlo? No está aquí....

—¿En dónde está, pues?....

Estéfana bajó los ojos, y sus dedos erraron sobre las enjutas piernas, estrujando el delantal. Asíóla Antoñita por las manos; sus ojos continuaban interrogando, interrogando....

—¿En donde?....

Estéfana se levantó, con la rugosa cara contraída. Su busto destacábase del girón de cielo lejano. Quiso hablar, pero recio nudo oprimió su garganta. Y se limitó á señalar, con gesto sombrío, la ciudad, que se adivinaba allá, tras de la ventana, con sus calles anchas y ruidosas, sus jardines, sus refinados placeres, su lujo, su alegría.

Antoñita, demudada, incorporóse, siguiendo la dirección que marcaba el flaco índice de la sirvienta. Ni un sollozo agitó su pecho, ni el más leve movimiento turbó su inmovilidad. Callaron ambas. Y cuando la noche anegaba en sombras el cuarto, la en-